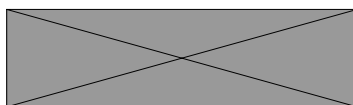


Nuevas derechas,
nuevas resistencias

Raúl Zibechi

Nuevas derechas, nuevas resistencias

Raúl Zibechi



Nuevas derechas, nuevas resistencias

Raúl Zibechi

Ediciones desde abajo

Bogotá, D.C. - Colombia, octubre de 2019

ISBN: 978-958-8454-59-7

Diseño y diagramación: Difundir Ltda.

Transv. 22 A N° 53D-42, Int. 102, telf.: 3451808

Bogotá, D.C. - Colombia

El conocimiento es un bien de la humanidad.

Todos los seres humanos deben acceder al saber.

Cultivarlo es responsabilidad de todos.

Se permite la copia, de uno o más capítulos completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Índice

Introducción	7
I Sección.....	21
Un enigma llamado Brasil.....	23
Una nueva derecha, militante y con apoyo “popular”	39
El antifeminismo de las nuevas derechas	55
Autonomías y autogobiernos después del progresismo	67
Los pueblos necesitan defender la vida y el territorio	83
II Sección	97
Entrevista “Los desbordes desde abajo y las luchas antisistémicas en América Latina”	99
El narco cumple un papel de control y disciplinamiento (Entrevista)...	111
III Sección.....	123
Diálogos imaginarios con Öcalan.	125
Actualizando el pensamiento crítico	125

Introducción

La situación que vivimos en América Latina, y en el mundo, hacia el fin de la segunda década del siglo XXI, es a la vez traumática y fascinante, impactada por el avance de la ultraderecha militarista y feminicida, pero abierta a la creación de mundos nuevos por los movimientos anti-sistémicos. Vivimos en la cuerda floja, en el filo de la navaja, lo que nos genera un doble sentimiento de perplejidad e incertidumbre y de esperanza y alegría.

En un período como éste, sería irresponsable lanzar las campanas al vuelo creyendo que el triunfo del mundo nuevo está a la vuelta de la esquina, un sentimiento que cultivamos con fruición los setentistas y que, ahora, vuelve de la mano de las culturas juveniles y feministas, quizá por el agobio de tantas opresiones y la necesidad de respirar nuevos aires, sin más demora, aquí y ahora. Siento que es positivo para la lucha emancipatoria, porque lo peor sería congelarnos en el lugar de víctimas, esperando una mano del Estado o del caudillo de turno.

Para avanzar, necesitamos practicar un doble ejercicio. Por un lado, tantear el terreno, reconocer la realidad por desagradable que sea, sin concesiones pero incluyendo también nuestros errores e insuficiencias. La otra tarea consiste en potenciar lo que ya somos, los espacios y potencialidades de los mundos otros, no capitalistas ni patriarcales ni coloniales. En suma, resistir y crear, resistir creando, porque necesitamos espacios propios (de los pueblos, de las mujeres, de las más diversas opresiones) para fortalecer las resistencias.

Creo que es necesario reconocer dónde estamos. La ofensiva de las nuevas derechas tiene en Brasil su escenario mayor, en el que confluyen militares y evangélicos, clases medias egoístas y milicias, una nueva militancia ultra y un poderoso narcotráfico aliado con políticos derechistas. Bolsonaro es nada una creación de esta porción de la sociedad (entre el 30 y el 50%) dedicada a cuidar sus bienes que sienten en peligro porque los de más abajo se están poniendo de pie: jóvenes negros favelados, temor que en los últimos años extienden a las mujeres empoderadas, a los gais, los trans y a todas las sexualidades disidentes.

La ofensiva de la nueva derecha hace carne en los territorios de mayor pobreza, como las *favelas* y los barrios populares, abandonados hace ya tiempo por los partidos de izquierda, los sindicatos y las comunidades eclesiales de base. A mi modo de ver, no podemos solamente criticar a Bolsonaro sino asumir, mal que nos pese, nuestra incapacidad para trabajar en los territorios en disputa por las bandas criminales y el Estado (convertido en una banda más), o sea en la zonas del no-ser, allí donde a violencia convierte la vida cotidiana en un infierno.

Brasil es el mejor escenario para comprender el avance, y los límites, de la nueva derecha, pero también para indagar en las nuevas resistencias. Junio 2013 fue, también, el *tsunami* que trajo a la superficie una diversidad de colectivos y formas de acción que ya existían en la profundidad de la vida social colectiva, pero que ahora emergen con toda su potencialidad transformadora.

En primer lugar, es necesario destacar el nuevo papel de las mujeres y, muy en particular, de las mujeres de los sectores populares, mestizas, negras, pobres, faveladas. El asesinato de Marielle Franco es apenas una muestra de cómo este activismo es capaz de desestructurar el patriarcado y el machismo coloniales. En las masivas ocupaciones de colegios públicos, que fueron de alguna manera la continuación del activismo de Junio 2013 y del MPL, la presencia de estas mujeres jóvenes fue decisiva y se manifestaba en pintadas o intervenciones en las que afirmaban su nuevo protagonismo.

En segundo lugar, es importante destacar el crecimiento del activismo en las *favelas* y *quilombos* urbanos y rurales. El nacimiento de grupos activistas en favelas como Maré y Alemão, en general jóvenes que combinan denuncia, acción política, arte y música, viene creciendo en la última década, con multitud de colectivos que se mantienen pese a las enormes dificultades que encuentran en su entorno. Se trata de grupos cuya actividad no puede separarse del lugar donde nacen y trabajan, y que representan algo nuevo en la favela, “una actuación de núcleos de resistencia que están insertos, y al mismo tiempo construyen, territorios de resistencia en red” (Bartholl, 2015: 403).

Dentro de este sector, habría que hacer una mención especial del Movimiento das Comunidades Populares (MCP), que hunde sus raíces en las juventudes católicas de los años 60. Su importancia radica en la capacidad de arraigar en los sectores más pobres, donde han creado medio centenar de comunidades en 14 estados, desarrollando una economía propia, autogestionada y autónoma de las instituciones estatales y de las ONGs, algo muy poco frecuente en los movimientos populares latinoamericanos (Affonso, 2016).

El mundo indígena brasileño es otra realidad importante, por su radical rechazo al modelo extractivo y a la modernidad capitalista. La demarcación de sus territorios viene siendo una pelea importante para defenderse de los madereros y del agronegocio así como para afirmar su autodeterminación. Me parece importante destacar el reciente recorrido de los tupinambá de la Serra do Padeiro, sur de Bahia, donde las comunidades han recuperado 22 haciendas entre 2004 y 2012 y están afianzando su autonomía como pueblo (Fernandes, 2013).

Este muy sintético recorrido por algunos de los actores más importantes de la actualidad brasileña, me permite entrar en dos consideraciones. Una, que los sectores más activos son precisamente los de más abajo: pueblos originarios, quilombolas, favelados, y “pueblos tradicionales” definidos como “un conjunto de prácticas sociales en las que la posesión y el usufructo de la tierra tienen un fuerte componente comunitario y está ausente el reconocimiento del derecho formal” (Porto-Gonçalves y Raposo Alentejano, 2011). Se trata de aquellos sectores menos impactados por la profundización del capitalismo y el consumo.

Mi sueño, mi deseo más profundo, es que estos sujetos colectivos pongan en el centro sus culturas y cosmovisiones, que no se plieguen ante las formas occidentales e institucionales de hacer política y de construir poder. En suma, que sean portadores de los mundos nuevos que tanto necesitamos en esta hora, marcada por un capitalismo depredador que nos ahoga y asesina. Ante este capitalismo, el viejo concepto de revolución y las prácticas asociadas (toma del poder, vanguardia, entre otras), están mostrando sus límites.

Las revoluciones del siglo XX en América Latina (la mexicana en 1911, la boliviana en 1952, la cubana en 1959 y la sandinista en 1979), confirman lo que nos han enseñado las veinte revoluciones triunfantes en el mundo, desde la revolución rusa de 1917: que los pueblos, los trabajadores y campesinos pueden derrotar a las clases dominantes y al imperialismo. A lo largo de los últimos cien años se han producido revoluciones cada cinco o seis años, si contamos apenas las que llegaron al poder y se consolidaron. Si sumáramos además las que fracasaron en ese empeño, probablemente habría que duplicar la cifra total. En todo caso, comprobar que los pueblos pueden vencer, debe llenarnos de esperanza en estas horas de ofensivas de las derechas y retrocesos de las izquierdas.

Como ha señalado en varias oportunidades el sociólogo Immanuel Wallerstein, las revoluciones han seguido una estrategia en dos pasos: primero tomar el poder y luego transformar la sociedad. Este segundo paso siempre ha mostrado mayores dificultades que el primero, al punto que tres revoluciones en nuestro continente se puede decir que estallaron desde dentro, por diversos motivos.

Una dificultad mayor radica en que las revoluciones han sido hijas de las guerras. Cuando triunfan, por lo tanto, se instala en el poder un grupo dispuesto de forma jerárquica, integrado por hombres blancos ilustrados. Esa disposición del nuevo poder, imprescindible para ganar la guerra a las clases dominantes y al imperialismo/colonialismo, es un obstáculo para avanzar en el sentido de una sociedad más igualitaria. Estamos ante un problema estructural que afectó a todos los procesos de cambio, de modo relativamente independiente de quiénes estuvieran al frente del aparato estatal/partidario.

Este grupo o partido de vanguardia es el que ha encabezado la reconstrucción de los poderes estatales, en general desarticulando o minimizando los poderes no estatales como los soviets, en el caso ruso, y las formas de poder popular en las otras revoluciones. En este punto, quiero tomar distancia de quienes atribuyen los fracasos a las corrientes que se hicieron con el poder (Stalin o Teng Siao Ping), ya que pienso que estamos ante una dificultad mayor, que se relaciona con la imposibilidad de pensar la emancipación más allá del horizonte estatal. Probablemente la disposición de las fuerzas vencedoras tenga alguna relación con esta cuestión que vale la pena reflexionar.

Un problema adicional es que unca hemos contado con una economía socialista y construirla se ha revelado mucho más difícil de lo imaginado. Una economía que no funcione en base a la división entre el trabajo manual y el intelectual, entre quienes mandan y quienes obedecen, entre ciudad y campo, entre producción y distribución. Considero que este es un punto muy delicado y muy oscuro en los debates actuales, pero también lo fue en la historia. Recordemos que Lenin defendía el taylorismo y el fordismo, que propuso que el socialismo consistía en “soviets más electrificación” y que hoy la mayor parte de la izquierda no puede ver más allá de la propiedad estatal de los medios de producción como sinónimo de socialismo.

No contamos en esta sociedad con una economía con impulso propio, auto-sustentable y capaz de reproducirse a sí misma sin la intervención de agentes externos al ciclo económico, como el Estado o el partido. Esta

es una desventaja muy seria para los procesos de cambio. Sólo las economías comunitarias y la llamada economía solidaria están en condiciones de ofrecernos ejemplos vivos de otra economía posible, pero no son consideradas alternativas para la inmensa mayoría de las izquierdas y del campo popular.

La cultura hegemónica entre nosotros sigue siendo la cultura del capitalismo y del patriarcado, y transformarla ha mostrado ser mucho más difícil de lo que creíamos. Una nueva cultura no se crea y recrea en poco tiempo. Pero, sobre todo, para que algún día llegue a ser aceptada como “sentido común” por las mayorías, se requiere de un largo proceso de décadas o siglos.

Una cuestión clave en cualquier sociedad es quién tiene el poder. En ninguna de las revoluciones el poder ha descansado, durante un período más o menos largo, en los trabajadores y los campesinos. Incluso en Rusia, el poder soviético fue efímero. Luego sobrevino la reconstrucción del Estado y del ejército rojo para frenar la contra-revolución. La cultura capitalista nació, lentamente, a partir de mediados del siglo XIV, cuando la peste negra creó las condiciones materiales y espirituales para superar la cultura hegemónica bajo el feudalismo¹. Sólo con los siglos y la sucesión de catástrofes, pudo convertirse en sentido común.

En las revoluciones triunfantes el poder se lo han apropiado los encargados de gestionar el Estado, dando nacimiento a una camada de gestores que no son propietarios de los medios de producción, pero los utilizan en su propio beneficio ya que los controlan a través de la gestión. A mi modo de ver, este es un punto ciego del pensamiento crítico, demasiado focalizado en la propiedad y muy poco en la gestión y en la división del trabajo. A través del control de los medios que formalmente pertenecen al Estado y del control del aparato estatal, los gestores se apropian de los excedentes generados por los trabajadores. No hace falta tener la propiedad, con tener la gestión alcanza para formar parte de una clase explotadora. La realidad de los fondos de pensiones, que tienen infinidad de pequeños propietarios pero son dirigidos por gerentes que ganan fortunas, debería movernos a investigar y analizar esta nueva realidad del capitalismo que no conocieron ni Marx ni Lenin. A propósito, Mao escribió durante la revolución cultural acerca de la nueva burguesía que estaba naciendo bajo el poder rojo, sin necesidad de ser propietaria ni de la tierra ni de las fábricas.

1 Peste negra o peste bubónica, entre 1346 y 1352 aproximadamente, provocó la muerte de más de la mitad de la población europea, sobre todo en el área del Mediterráneo.

Como no alcanza con tomar el poder para transformar la sociedad, me parece necesario acercarnos con respeto y entusiasmo a las experiencias que están creando mundos nuevos. Aunque el zapatismo es la más importante y la que más ha teorizado y difundido sus realizaciones, existen otras no menos trascendentes.

Este año se creó la Guardia Indígena Comunitaria “Whasek” Wichi en el Impenetrable, en el Chaco, Argentina. En 2015 se creó el Gobierno Territorial Autónomo de la Nación Wampis, en el norte del Perú, que abarca 22 comunidades y más de un millón de hectáreas con 15 mil habitantes. El mismo camino comienzan a recorrer otros tres pueblos amazónicos

La lucha de los tupinambá del sur de Bahía (Brasil), les permitió recuperar 22 haciendas y miles de hectáreas, pese a la represión y las torturas a sus dirigentes. El pueblo mapuche en el sur de Chile ha recuperado 500 mil hectáreas por acción directa desde la década de 1990, cuando se restauró la democracia para arrinconarlos con la aplicación de la ley antiterrorista heredada de la dictadura de Pinochet, pero luego aplicada igualmente por gobiernos progresistas y conservadores.

Me limito a nombrar estas realidades porque son muy poco conocidas, pero a ellas podemos sumar cientos y quizá miles de comunidades autogestionadas en toda América Latina. Lo cierto es que la autonomía de pueblos, poblados y barrios no deja de crecer en nuestro continente, más por necesidad que por opción ideológica. Conocer, comprender y difundir estas experiencias puede contribuir a inspirar a otras y otros en su resistencia al sistema, ya que los poderosos cuentan con el desconocimiento de otras experiencias como forma de hacer creer a los de abajo que no pueden cambiar su destino.

En esta última parte quiero abordar el zapatismo, por su reciente deriva (la creación de siete nuevos caracoles y la ruptura del cero mediático/militar) y porque encarna los nuevos caminos para cambiar el mundo, con características que marcan modos diferentes a los de otros movimientos.

En cinco regiones de Chiapas, más de mil comunidades que agrupan entre 200 y 300 mil personas, organizadas en 27 municipios y cinco juntas de buen gobierno, están construyendo un mundo nuevo, con sus formas de poder, su justicia, sus espacios de auto-gobierno comunitario, municipal y regional.

Se trata de la primera revolución que desafía la trayectoria en dos pasos de las revoluciones anteriores y se diferencia de ellas por lo menos en cuatro aspectos: el papel central lo juegan las comunidades, las mujeres son protagonistas en igual nivel que los varones, se han construido poderes no estatales (que no son calco y copia del Estado, sino que se inspiran en la rotación comunitaria) y han descartado la guerra, aunque van a defenderse si los atacan.

Creo que el proceso zapatista parte de los límites que habían mostrado las revoluciones anteriores y se propone tomar otra dirección, bien diferente a las que conocimos desde la instauración del poder soviético. Quiero expresar una aproximación a esa realidad en tres puntos.

Uno. Estamos ante poderes de nuevo tipo, que no se parecen a los soviets (parlamentos obreros) pero pueden tener algo en común con las comunas chinas. Lo más destacable es que la lógica y la cultura comunitaria es la que moldea y modela todos los espacios de poder. Las juntas de buen gobierno rotan semanalmente, imparten justicia en base a los mismos criterios de las comunidades, no forman una burocracia civil y militar, que es el núcleo de los Estados, sino formas de poder no estatal que funcionan desde hace más de una década y no se han burocratizado ni han sido usurpadas por el partido.

Dos. Han construido una sociedad otra, con todos los atributos que tiene una sociedad, desde la educación y la salud hasta la producción y su distribución en formas diferentes a las hegemónicas. Tienen bancos que hacen préstamos a las bases de apoyo y han logrado poner en pie un sistema económico que se sostiene y reproduce, y en el cual los trabajos colectivos (que practican desde hace ya 30 años) son el motor de la autonomía, que es la seña de identidad que caracteriza al zapatismo. Autonomía de todos y todas en todos los niveles, desde la comunidad hasta el caracol, desde la familia hasta las cooperativas de mujeres, desde la salud hasta la educación, todo es autonomía.

Tres. No hay un grupo de varones blancos ilustrados al timón de mando. El grupo que llegó a la selva Lacandona (miembros de las FLN), se colocó pronto por debajo de las comunidades, al servicio de las bases de apoyo. Ese proceso se profundizó a comienzos de la década de 2000, cuando decidieron crear las juntas de buen gobierno y dejar al ejército como instancia de defensa y vigilancia, pero sin intervenir e interferir en los asuntos de las autonomías.

No van a extender este proceso a punta de fusil, porque implica crear un aparato estadocéntrico y, sobre todo, porque las comunidades no quieren la guerra. El marco de su revolución no coincide con las fronteras del Estado-nación. Hacerlo así sería, como menos, una concepción colonial. No aspiran a gobernar a otros y otras, sino impulsar el autogobierno más amplio de todos y cada uno de los pueblos y grupos oprimidos.

En agosto de 2019 el zapatismo anunció su tercera expansión. Pese a que las comunidades, municipios autónomos y juntas de buen gobierno están rodeadas por la mitad del ejército mexicano, las bases de apoyo zapatistas han conseguido romper el cerco ampliando sus territorios y multiplicando espacios de resistencia.

El tercer empuje organizativo de los pueblos mayas que integran el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), tiene antecedentes y fechas precisas: 1994, 2003 y ahora 2019. En la primera anunciaron la creación de los municipios autónomos rebeldes zapatistas (Marez), en medio de fraudes electorales y del caos instalado bajo el gobierno del histórico Partido Revolucionario Institucional (PRI). En la segunda, abrieron cinco *caracoles* para ejercer la autonomía, cuando el parlamento mexicano, incluyendo los partidos de derecha e izquierda, rechazó la autonomía que ya habían negociado y firmado con delegados oficiales.

Los municipios autónomos se superponen a los municipios oficiales y en ellos se agrupan representantes de las comunidades de la zona de influencia. Los *caracoles*, por su parte, articulan sus regiones y albergan las juntas de buen gobierno que se encargan, de forma rotativa, de gobernar una media docena de municipios (en promedio) y cientos de comunidades.

La zona zapatista no es homogénea. En las comunidades y en los municipios (que se autogobiernan por consejos autónomos) conviven familias zapatistas y no zapatistas, con la particularidad de que éstas acuden a las clínicas y centros de salud creados y dirigidos por aquellos, y prefieren la justicia autónoma que administran las juntas de buen gobierno ya que no les cobran ni son corruptas, como sucede en la justicia del Estado.

Las familias no zapatistas se benefician con ayudas de los gobiernos federal y del estado de Chiapas, con alimentos, materiales para las viviendas y planes sociales que ahora el gobierno de Andrés Manuel López Obrador ha ampliado con proyectos asistenciales como Sembrando Vida o Jóvenes Construyendo el Futuro. Los zapatistas no sólo no reciben esos planes sino que, por influencia de las mujeres, tampoco toman alcohol, ya que ellas consideran que fomenta la violencia machista.

Los caracoles son “ventanas para vernos dentro y para que veamos fuera”, mientras las juntas de buen gobierno “funcionan mediante los principios de rotación, la revocación de mandato y la rendición de cuentas” y son “verdaderas redes del poder de abajo”, en las que se articulan los consejos municipales y se han convertido en formas de poder donde “los gobernantes pasan a ser servidores”, como recuerda el sociólogo Raúl Romero (Romero, 2019)

En un comunicado librado el 17 de agosto y firmado por el subcomandante Moisés, indígena convertido en vocero del movimiento luego de la “muerte” simbólica de Marcos, anuncia la creación de siete nuevos caracoles y cuatro municipios autónomos, que se denominan en adelante “centros de resistencia autónoma y rebeldía zapatista”.

Lo más importante es que varios de esos centros se encuentran más allá de la zona de control tradicional del zapatismo, mientras otros son linderos y refuerzan la presencia que tienen en la región histórica desde el alzamiento de 1994, cuando recuperaron cientos de miles de hectáreas de los grandes terratenientes. Ahora ya suman 43 centros zapatistas (ver mapa).

Como señala Luis Hernández Navarro, “la expansión de la autonomía zapatista a nuevos territorios desmiente la versión de la supuesta deserción de sus bases sociales como resultado de programas asistenciales”. Realizaron cientos de asambleas, “desdoblándose como fuerza político-social, a través de movilizaciones pacíficas sui generis, que cambiaron el campo de confrontación con el Estado, llevándolo al terreno en que las comunidades son más fuertes: el de la producción y reproducción de su existencia” (Hernández 2019).

El paso siguiente es el llamado a la sociedad a contribuir en la construcción de los nuevos espacios, además de la convocatoria a los colectivos urbanos para crear una “Red Internacional de Resistencia y Rebeldía”, advirtiendo que los que participen que renuncien “a hegemonizar y homogeneizar”. Además convocan a intelectuales y artistas a festivales, encuentros, semilleros de ideas y debates.

El aspecto más interesante de esta expansión del zapatismo consiste en los modos como lo hicieron, el *cómo* de su acción política. Porque revela una cultura a contrapelo de la hegemónica, anclada como está en instituciones estatales o en ONGs, en la afirmación de la grieta entre quienes mandan y toman decisiones y quienes obedecen y cumplen.

En el comunicado firmado por Moisés, así como en la literatura anterior zapatista, hay un claro desmarque del vanguardismo, pero también de la

cultura jerárquica de los partidos. Fueron las mujeres y los jóvenes los que salieron de sus comunidades a dialogar con otras comunidades, y se entendieron pronto “como sólo se entienden entre sí quienes comparten no sólo el dolor, también la historia, la indignación, la rabia”.

El papel central fue el de las mujeres: “No sólo van delante”, explica Moisés, “para marcarnos el camino y no nos perdamos: también a los lados para que no nos desviemos; y atrás para que no nos retrasemos”. Ellas encarnan la cultura comunitaria, que pone por delante lo colectivo a lo individual, la dignidad y la cosmovisión a las ventajas materiales. Por eso se equivocan feo los gobiernos que piensan –como el de AMLO pero también los demás progresistas- que con planes económicos pueden hacer que pueblos enteros desistan de sus identidades.

Se trata de una cultura política que sólo puede entenderse en clave comunitaria. Quienes visitan las regiones zapatistas, suelen sorprenderse cuando se dirigen a sus principales “enemigos”, las bases del PRI, como “hermanos priístas” o, ahora en relación al partido de gobierno, como “hermanos partidistas”. Unos cuantos de esos hermanos son los que ahora dieron el paso de rechazar las limosnas de arriba para volverse zapatistas: el modo que encontraron para seguir siendo pueblos originarios.

Por último, está la cuestión de la política como guerra, aspecto en el que el EZLN está produciendo una verdadera revolución práctica y teórica.

La campaña de la vocera del Congreso Nacional Indígena, María de Jesús Patricio Martínez, Marichuy, que despertó las más diversas reacciones y perplejidades por parte de quienes simpatizan con el EZLN, en los más diversos rincones del mundo, puede considerarse como uno de los primeros pasos en la dirección de expandirse sin guerra. He encontrado mucho desconcierto respecto a esta candidatura, reflexiones que no suelen pronunciarse en voz alta por respeto al zapatismo. No me refiero, por lo tanto, a quienes aseguran que representa el ingreso del zapatismo en la política tradicional, que es una de las críticas más frecuentes, sino a un desconcierto ante lo inédito, comprensible por cierto.

En la tradición revolucionaria occidental, en la que me he formado, la guerra y la política están anudadas. Dicho de otro modo, la “lógica de guerra” ha impregnado la política revolucionaria, algo que no está directamente ligado a las armas, porque es compartida por no pocos partidos legales que no tienen ninguna pretensión de utilizar la lucha armada.

Como sabemos, Lenin tomó de Clausewitz² la máxima de que “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. El revolucionario ruso quería comprender lo que estaba sucediendo en el mundo durante la guerra imperialista de 1914 y trazar una estrategia adecuada para derrotar a las clases dominantes arrebatándoles el poder, transformando la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria.

Su punto de partida es enteramente correcto: “Una clase oprimida que no aspirase a aprender el manejo de las armas, a tener armas, esa clase oprimida sólo merecería que se la tratara como a los esclavos” (Lenin, 1916: 85). Rechazaba el pacifismo que llamaba a dejar las armas así como la “defensa de la patria”, porque ambas posiciones implicaban arrodillarse ante las clases dominantes de los países imperialistas.

Sin embargo, el partido de Lenin adoptó una “lógica de guerra”. Por ella entiendo la cultura política que lleva a que las fuerzas revolucionarias coloquen todas sus energías en confrontar y aniquilar al enemigo, en destruirlo material y simbólicamente, lo que no está mecánicamente ligado a la posesión de armas. Para conseguir ese objetivo, los bolcheviques procedieron a la homogeneización y la uniformización del partido, cerrando todo resquicio a las diferencias internas y tratando a los discrepantes con la misma lógica que a sus enemigos.

Desde aquel momento la lógica de la política como guerra se convirtió en hegemónica en el campo revolucionario en todo el mundo. La necesidad de aplastar al enemigo justificó hacer la guerra, también, dentro del campo revolucionario, juzgando, expulsando y aún asesinando a quienes pensaban y actuaban de forma diferente. Peor aún: justificó la pretensión de alinear a toda la población en esa lógica, pagando costos tremendos como la violencia masiva contra los campesinos por parte del régimen soviético, que se cobró millones de vidas.

El estalinismo es hijo de esa política, más que de las características de un personaje que llamamos Stalin. Esa política de guerra, ¿tiene alguna relación con los asesinatos de Roque Dalton y de la comandante Ana María por diferencias político-ideológicas?³ ¿Y con los crímenes de Sendero Luminoso? ¿Quién se hace cargo de estos desastres que enlodan el campo de la revolución?

2 Carl von Clausewitz: militar prusiano que fue uno de los más influyentes historiadores y teóricos de la ciencia militar moderna.

3 Dirigentes del ERP y de las FPL de El Salvador respectivamente, ejecutados por sus compañeros en medio de fuertes debates políticos.

El zapatismo ha deslindado con la “lógica de guerra”. Son muchos los textos en los cuales aparece esta distinción que, es bueno insistir, no tiene nada que ver con las armas. En varias ocasiones han insistido en que son un ejército, con su estructura piramidal y su centro de mando, pero es un ejército diferente, que obedece a las comunidades y a los pueblos y que, algo notable, tiene vocación de desaparecer.

Sin el levantamiento armado que protagonizó ese ejército el 1 de enero de 1994, nada habrían conseguido los pueblos. En particular, no hubieran recuperado tierras donde construyen mundos otros. Pero ese ejército se preguntó si debía proseguir en el camino militar o tomar otro que consiste en “reconstruir el camino de la vida, ése que habían roto y siguen rompiendo desde arriba” (EZLN, 2014).

Una pregunta fundamental, entre las muchas que se formula ese comunicado, dice: “¿Debíamos inscribir nuestra sangre en el camino que otros dirigen hacia el Poder o debíamos voltear el corazón y la mirada a los que somos y a los que son lo que somos, es decir a los pueblos originarios, guardianes de la tierra y la memoria?”.

La respuesta es clara: “Y en lugar de dedicarnos a formar guerrilleros, soldados y escuadrones, preparamos promotores de educación, de salud, y se fueron levantando las bases de la autonomía que hoy maravilla al mundo”. Eligieron “construir la vida”.

Es el único movimiento en el mundo que ha optado por un camino de no guerra, o de paz si se prefiere. No es un camino de rosas, porque el poder sigue adelante con su guerra contra las comunidades zapatistas. Es una decisión de los pueblos, no de una dirección política, ni de un par de dirigentes, ni de un ejército. El zapatismo no usurpa las decisiones a las bases de apoyo.

Finalmente, es la primera vez que se apuesta por cambiar el mundo sin guerra, lo que no quiere decir que el EZLN se vaya a desarmar o que no vaya a defender sus territorios. Como en tantos aspectos, han sacado conclusiones de los errores de las “revoluciones triunfantes” del siglo XX y decidieron, armados de ética y coraje, tomar un camino diferente porque creen que de ese modo no van a reproducir el sistema contra el que se han alzado. Es un desafío, ciertamente. Pero es un desafío a todos y a todas quienes queremos cambiar el mundo.

Por último, la transición hacia un mundo nuevo, nos enseña la historia, demanda siglos. Así fue la transición de la antigüedad al feudalismo y de

éste al capitalismo. En esa transición, algunas experiencias como la zapatista, y probablemente los asentamientos sin tierra y otras iniciativas de abajo, serán recuperadas en algún momento por sectores más amplios de la sociedad. Algo así sucedió con los burgos democráticos y autónomos en la edad media y con la “marca germánica” en los siglos posteriores a la caída del imperio romano.

Puede parecer poco, pero lo mejor que podemos hacer para impulsar la revolución en América Latina, es crear, potenciar, difundir y sostener experiencias de base, abajo y a la izquierda, como las que –en mayor o menor grado de extensión- existen ya en nuestro continente.

Las páginas que siguen pueden dividirse en tres grandes apartados, todos escritos entre 2017 y 2019. Los tres primeros capítulos conforman una unidad dedicada a comprender las nuevas derechas, con especial énfasis en Brasil, donde se han desplegado con mayor alcance y profundidad en la sociedad. El primer capítulo es la introducción a la edición boliviana de Brasil Potencia, que se detiene en los cambios operados en ese país tanto en el escenario político como en los movimientos. El segundo capítulo se detiene en la expansión y consolidación de la nueva derecha, y en particular en el proyecto educativo retrógrado que pretende impedir que los jóvenes de los sectores populares desarrollen sus ptencias emancipatorias. El tercero aborda el papel de las mujeres como dique de contención de la ultraderecha, en la sociedad en general como en las propias iglesias evangélicas y pentecostales.

El segundo bloque se inicia con un trabajo dedicado los cambios en las prácticas autonómicas de los movimientos luego de una larga década de progresismos. El objetivo es visualizar cómo la autonomía persiste aunque adopte nuevos ropajes adecuados a los desafíos planteados por los gobiernos progresistas. El quinto capítulo es una aproximación a las auto-defensas creadas por los pueblos para afrontar las agresiones del narco, de los paramilitares y del Estado. El sexto y el séptimo capítulos son dos entrevistas (realizadas en 2018 y 2019) focalizadas en la coyuntura actual y en los caminos que están transitando los movimientos anti-sistémicos. Finalmente, el tercer bloque está conformado por los dos últimos capítulos que abordan, el octavo, los límites de la práctica revolucionaria a cien años de la rusa, mientras el noveno es un diálogo imaginario con los nuevos desarrollos teóricos del dirigente histórico kurdo Abdullah Öcalan, preso en la cárcel de Imrali desde hace más de dos décadas.

Setiembre de 2019

Textos citados

- Affonso Penna, Mariana (2018) “A procura da comunidade perdida: Histórias de memórias do Movimento das Comunidades Populares”, Universidade Federal Fluminense, tesis de pos-graduación en Historia, Niterói.
- Bartholl, Timo (2015) “Territorios de resistencia e movimentos sociais de base: uma investigação militante em favelas cariocas”, Universidade Federal Fluminense, tesis de doctorado en Geografía, Niterói.
- EZLN (2014) “Entre la luz y la sombra”, mayo en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2014/05/25/entre-la-luz-y-la-sombra/>
- Hernández, Luis (2019) “Zapatismo, un sueño que abarque el mundo”, La Jornada, 20 de agosto.
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter y Raposo Alentejano, Paulo (2011) “A reconfiguração da questão agrária e a questão das territorialidades”, en http://www.biodiversidadla.org/Documentos/Brasil_A_reconfiguracao_da_questao_agraria_e_a_questao_das_territorialidades (consulta 20/08/2019).
- Romero, Raúl (2019) “Los Caracoles zapatistas”, La Jornada, 18 de agosto.
- Zibechi, Raúl (2017) “La revolución latinoamericana del siglo XXI”, en <http://www.agenciapacourondo.com.ar/relampagos/100-de-la-revolucion-rusa-escuela-de-un-sueno-eterno> (consulta. 12/09/2019).

EXPANSIÓN

Municipios chiapanecos en los que están las nuevas zonas zapatistas.

